

BALANCE DEL AÑO MUSICAL

(1905)

Aquellos propósitos fin de siglo de regeneración á plazo fijo, nos salieron un si es no es irregulares. Vamos á entrar en el sexto año del cumplimiento de tan laudables propósitos y, en efecto, todo está igual que ayer y es de esperar que mañana esté lo mismo que hoy.

Por fortuna no se ha confirmado que la forma poética iba á desaparecer dentro de poco. Todavía hay por ahí, escondida no sé dónde, poesía; todavía hay, también por ahí, música, para consuelo de los que no saben consolarse con las mil y una futilidades sociales, que para divertirse y pasar el tiempo han inventado los hombres y para espantar nuestros males ladrando ó cantando (que todo viene á ser lo mismo) á la luna. Por ahí andan sueltos y solitarios en las grandes urbes una porción de honrados ciudadanos llamados poetas ó músicos, que se dedican á la inofensiva tarea de endulzar esa perra vida cantando y porfiando. ¡Dios les aumente la inocentona tarea!

La ciencia de la estadística, adelantada que es una *barbaridad*, como se dice en una zarzuela, y que, al revés de la forma poética, no está llamada á desaparecer, antes todo lo contrario, afirma que sobran músicos y poetas y que se abusa desmedidamente de la poesía y de la música, hasta el punto de que todos vamos á ser,

si no lo somos ya, sin comerlo ni beberlo, músicos y poetas, que vale tanto como locos de atar, aunque no siempre está el pandero ó la lira en manos que lo saben tocar, ni siempre es cierto que los que nos dicen ó tañen la copla, ó nos la hacen ó nos la soplan, como reza ladinamente la ciencia popular.

Aquel filósofo de la antigüedad, ¡Dios no se lo tenga en cuenta! más amenazador que la misma ciencia estadística, aconsejaba suprimir en bien de la república, por perniciosos, iracundos y hasta corruptores, á esos tan beneméritos como inútiles ciudadanos.

Aunque no me sintiese yo tan radical como el tremebundo filósofo de marras, sea dicho con honrado y seleccionador propósito, no dejaría de suprimir algunos, sólo algunos centenares de docenitas de tales peligrosos ciudadanos, no fuese sino porque no es todo vero lo que suena el pandero, ni siempre viene el son con la castañeta.

Mas puesto que para música vamos, como dijo la zorra, dejemos á un lado toda esa monserga, y veamos qué acusa el balance musical del año pasado.

En España, una partida vergonzosa de ceros. Todo, ó casi todo, estaría igual que ayer á no ser la agravación de aquella enfermedad crónica é incurable de indiferentismo que consiente y explica la invasión del género infimo en todos los teatros líricos de la península; y cuando no es el tal género, si género es lo degradado, lo procaz y lo estúpido, todo en una pieza, la música *verista* de los operistas italianos ó el cinematógrafo con gotas de música. No añade nada á la partida de ceros la publicación de dos, tres ó cuatro libros que nadie ha leído ni piensa leer, ni por buenos ni medianos.

¿La crítica? Buena para servir á ustedes y á la parentela. Bien anda la crítica artística en España, casi toda en manos de pobres diablos indocumentados é irresponsables.

¿Y la enseñanza? Sin novedad. Adiestrando gentes en el *sport* musical de la habilidad, la gimnasia y el mecanicismo á ultranza.

En Francia cada *clan* levanta airado y amenazador

el puño contra su rival, el *clan* de enfrente: Massenet contra los *veristas* (también los hay en Francia); los *veristas* contra los Debussystas; los Franckistas contra los «monsieur Jourdain» de la música francesa, que hablan en prosa sin notarlo; mientras el ganso de Saint-Saëns desde el Cairo ó desde el interior del Congo suelta una carcajada y piensa, sin duda, si á pesar de tanto puño alzado y de tantos mientes como puños, parece por alguna parte la música ó lo que ellos entienden por tal.

Alemania, agotada después de aquel gran festín de los Dioses, nutriéndose de las migajas que cayeron al suelo.

Italia, tomando robustinas y emulsiones para combatir la raquitis que la domina, ha perdido la memoria y... el estómago, asimilándose mal los preparados de la farmacopea wagneriana.

Una oleada creciente y bienhechora inunda las tierras bajas de la música. A su invasor ímpetu las tierras ayer agotadas se fecundizan y llénanse de espléndida vegetación. Y la oleada, impregnada de ozono musical, avanza, avanza, y como por ensalmo surgen nacionalidades musicales llenas de vigorosa sangre: ayer Rusia, Escandinavia, la Bohemia, Hungría... ¿Hoy? Contemplad ese fermento regulador que experimenta *nuestra* música, siguiendo vías tan bien trazadas como bien presentadas: oíd ese admirable *Lied* que entonan con desconocido ardor y maestría lírica nuestros cantores del pueblo: tiene todo el vigor sano del terruño: toda la mentalidad de concepción que, por misteriosos isocronismos de reintegración y reorganización de razas ha hecho surgir aquí el canto nuevo que entona el corazón conmovido; allá, en Flandes, la voz del río sagrado de la patria, que resuena á la evocación del gran cantor popular del Escalda; en Suiza, el *hosanna* grandioso del *Festival Vaudois*, entonado al aire libre y en plena decoración espléndida de los Alpes, por veinte mil confederados rodeados de sus Cantones...

Esos isocronismos misteriosos de reintegración son el ¡*Fiat lux!* el ¡*Fiat amor!* que levanta y dignifica los

pueblos en nombre de la patria y crea los artistas de un arte viril, fuerte, pujante y sano; es la aurora de este vigésimo siglo que asoma espléndida y que ha de derramar tantas alegrías puras sobre todos los pueblos fuertes, dignos de poseer un arte hijo del amor á la patria.

BIBLIOTECA PARTICULAR
DE LA

Srita. Felicitas Lozano

PROFESORA DE CANTO.

MÚSICA DE PROGRAMA

Deseaba Weingartner—y en los siguientes términos lo expresaba en su escrito *La symphonie après Beethoven*—«que un historiador de la música estableciese, de una vez, profunda y sólidamente, que lo hoy se llama á la ligera «música de programa», no es una invención de los modernos compositores, sino que la tendencia á expresar por medio de la música ideas claramente definidas y hasta los acontecimientos mismos ó asuntos, es evidentemente tan antigua como la música según la comprendemos generalmente».

Añadía á esto «que los antiguos maestros neerlandeses é italianos, lo mismo que los antiguos maestros alemanes anteriores á Bach, escribieron composiciones con títulos, comentarios ó explicaciones sobre la base de un programa determinado».

En efecto, la cosa viene de lejos, y no de los antiguos maestros neerlandeses, sino de la mismísima antigüedad clásica. La vieja y difícil cuestión de la música de programa ó música literaria, como decimos hoy (casi siempre reñida con la verdadera literatura), ambición ó pretensión eterna, ora reconocida en sus derechos, ora condenada como indigna de la música pura, tiene precedentes en aquel género de música instrumental de los griegos llamado *nome píptico*, que representaba el combate de Apolo con la serpiente. Estrabón nos da en uno de sus libros el análisis de uno de estos *nomes*, com-

puesto por Timóstenes, almirante de Ptolomeo Filadelfo, famoso combate que, á pesar de no tener nada de naval, inspiraba á todo un señor almirante. Al decir de Estrabón, la obra de Timóstenes se dividía en cinco partes: el oyente asistía en la *anacrusis* á los preparativos del combate; en la *ampira* á las primeras escaramuzas; en la *catakeleusma* al combate mismo; en el *yambo* y *dactilo* á las aclamaciones de la victoria, y, por último, á la muerte del monstruo, «oyéndose hasta los bramidos de la fiera, por tal modo perfecta resultaba la imitación de los instrumentos».

Legítimos ó no los derechos de la música á la descripción y á lo pintoresco, por lo menos fúndanse, como se ve, sobre prácticas arraigadas en la antigüedad, y puesto que se ejercieron originariamente, prueba que ya de larga fecha parecieron naturales, y, si se quiere, casi necesarios. Los antiguos maestros neerlandeses é italianos, lo mismo que los maestros alemanes anteriores á Bach, como sabemos, no se pararon en barras. Los maestros alemanes especialmente, fueron y son todavía muy aficionados á esas ingeniosidades musicales, resabios de la cultura y procedimientos contrapuntísticos de los gramáticos de arte neerlandeses, feroces en sus gramatiquerías, á pesar de que, á fuer de agradecidos, hemos de confesar que nos dieron hecho el arte moderno. Munday—vayamos citando casos de ferocidades de música de programa—escribió una fantasía sobre el buen y el mal tiempo, ni más ni menos que el almanaque del «verdadero Zaragozano». En una obra del organista y clavecinista Frohberger hace gala de expresar sobre el teclado del instrumento los hechos, las ideas y los sentimientos.

En una serie de *suites*, para clave por supuesto, Buxtehude, su autor, resuelve sin apelación acerca de la Naturaleza y caracteres de los planetas, así como suena. Llega Juan Kuhnau, el predecesor de Juan Sebastián Bach en la escuela de Santo Tomás, de Leipzig, que cita todos esos y otros casos de música sobre un asunto dado, autorizándolos en la introducción á sus famosas *Sonatas Bíblicas*.

Hay que tomar acta de algunas de sus opiniones, no tan disparatadas como implica el título de la colección. Por ejemplo, he aquí cómo define el poder de los sonidos: «La música es capaz de producir efectos maravillosos, no cabe duda, pero en ciertos casos si los produce es con el concurso de la palabra. Sabe traducir la alegría y la tristeza en general» (en sí, diríamos hoy), «pero desde el momento que busca el sentido individual y la expresión particular, ha de echar mano, sin falta, de las palabras.» Al efecto cita una *Sonata* que había sido nominada *la Médica* (la Medicina).

«El autor—dice—*describía* primeramente el estado del enfermo, y luego la agitación de los parientes inquietos en busca del médico de cabecera. Pero en la *giga final*» (danza de la época y obligada pieza de terminación de la *suite*), que figuraba la convalecencia, el autor, para asegurar prudentemente el efecto que deseaba obtener, redactaba un parte—como diríamos hoy—en estos términos:

«El enfermo ha mejorado mucho, aunque no se pueda afirmar todavía que ha entrado en el período de franco restablecimiento.» Lo que en son de crítica escribe Kubnau sobre la sonata *la Médica*, puede aplicarse á sus *Sonatas Bíblicas*, ó á su «Representación musical de algunas historias de la Biblia, en seis sonatas para piano, destinadas á deleitar á los buenos aficionados».

No hay duda que Kubnau quiso *crear* música pura. Su error ó debilidad, más bien la del arte, que acababa de nacer, consistió en la naturaleza demasiado objetiva y completamente exterior de esa *creación*. El *asunto* del programa no deja de ser menos exterior; porque no son del dominio de la música los gestos ó los paros, y menos que todo esto los hechos mismos son impropios, si no indignos de ella. Quizá se caerá un día en la cuenta de que el campo de acción de la música es el alma, sólo el alma.

Este litigio tiene mucho que ver con el equívoco y la confusión de ideas que implican el simple enunciado de «pensamiento musical»—¿qué se entiende por pensamiento musical?—fallado por Wagner, diciendo «que la

música no piensa». Entre otras razones favorables á la doctrina estética del «pensamiento musical», apóyanse los sostenedores de esa tesis en la insuficiencia del verbo, en la incapacidad de la música de expresarlo todo. Y afirma un contradictor: «Ricardo Wagner y Schopenhauer han sido de esta opinión; y sin embargo, son ellos, y sólo ellos, los que han arruinado la tesis del «pensamiento musical.» «Una de dos—añade otro contradictor:—ó la música expresa ideas ó expresa sentimientos. Si lo uno es cierto, no puede serlo lo otro; á no ser que no lo sea ni lo uno ni lo otro; y, en efecto, no lo es ni lo uno ni lo otro.»

Cabría resolver quizá, recordando aquel reproche dantesco, *Guarda e passa*, esa cuestión capital de la música pintoresca ó literaria, y su subsecuente la de los «pensamientos musicales», en plural, dando al término «pensamiento» el sentimiento de «ideas», puesto que así se hablaría con propiedad diciendo «ideas musicales» y tomando la acepción al pie de la letra, ya que la «idea» es una forma.

En este caso, digo, la cuestión se resolvería así: todo lo que me satisface como música pura, sin necesidad de un letrado ó de un comentario inútil, *guarda*, pensaría; todo lo que no me satisface como música buena en sí, y con ayuda de un letrado todavía me resulta peor, *passa*, exclamaría; y aun el *guarda e passa* me parecería poco para abominar de la música desencauzada y fuera de su dominio propio, que no es ni puede ser otro que el alma y sólo el alma.